

en una cantina vecina y de allí oímos la retreta.

Pocas veces volvimos a ver a mister Trece y después supimos que murió algunos meses después de su llegada.

Los dos españoles pusieron un buen almacén de abarrotes y les fue muy bien en su negocio.

Ocho días después de nuestra llegada a San José, llegó el equipaje y pudimos cambiar de ropa. Fue una imprevisión nuestra el no haber llevado a mano siquiera una muda de ropa, pero no teníamos en qué llevarla, porque en ese tiempo no se usaban las maletas de viaje y las monturas que nos dieron no tenían alforjas.

La demora consistió, según informó el carretero, en que a uno de los bueyes lo picó una araña venenosa y no pudo continuar la marcha.

Inmediatamente después de nuestra llegada, mi padre fué a hablar con el superior del seminario, el padre Juan Bautista Malezieux.

Complacidísimo se manifestó el padre Malezieux al saber que estábamos allí, pues mis dos hermanos mayores habían sido alumnos del seminario de Popayán. Aun cuando ya el año escolar estaba avanzado, no puso ninguna dificultad para recibirnos.

El señor Calderón se encargó de conseguir los camas, colchones, almohadas y todos los demás aperos que exigen a los alumnos.

El Conde Patricio

Ya he dicho que entre los pasajeros que iban en

el buque que nos llevó el italiano de fama "Patricio". Ese señor gran material de pro. Todos los baúles de adornados con los retratos avisos enormes que "Conde Patricio".

Como nos hicimos ayudantes del Conde en las calles, yo les traída segura a las fundos se estrenó, ya habíamos pudimos verlo trabajar. Conde una entrada pa-

Naturalmente, un placiente como el Conde a bordo. A él no le gustaban pruebas, pero cuando

Un día estábamos el Conde llamó a un s-

—Tráigame azúcar

A poco rato se aparecía. El Conde la destr-

—Le he pedido azúcar vacía. El sirviente Conde le dijo:

—Es que usted en car a los bolsillos.

Inmediatamente el